
Job o el sufrimiento abierto al misterio*

*Galo Sánchez B., C.S.J. ***

Introducción

Que una persona deje de ver, que una madre pierda su niño en su tierna edad; que uno pueda tener todas las comodidades pero no pueda dar sentido a su vida; que, por querer ayudar al prójimo, uno deba abandonar su campo y su casa, y deba afrontar la lucha por la sobrevivencia en una ciudad; que una madre soltera dude de tener o no su hijo por razones de discriminación moral o social... puede ser causa de sufrimiento indescriptible, insoportable.

La desesperación, la angustia, la violencia, el vacío interior; el temor de la muerte... en el fondo, son otros tantos modos de experimentar un desequilibrio en las relaciones con Dios

* Estas páginas son fruto del trabajo de investigación realizado en un seminario con alumnos del Ciclo Básico de la Facultad de Teología. El trabajo se realizó durante el segundo semestre de 1989 y el segundo semestre de 1990. Este trabajo estuvo dirigido por el P. Galo Sánchez, C.S.J.

En el seminario del segundo semestre de 1989 participaron los siguientes alumnos: Sergio Adarme, Jorge M. Alvarez S., Alfonso Banguero P., Salomón Bravo M., Miguel A. Cerón, Gustavo Correa P., P. Carlos Cruz, Pbro., Mauricio Cuesta, Orlando Gaitán, Mario de J. Giraldo, José Gregorio Longa G., Juan F. Osorio M., Julio A. Ospina S., John H. Soacha O.

En la segunda etapa del seminario que se tuvo en el segundo semestre de 1990 participaron los siguientes alumnos: José Antonio André Ribeiro, Hans Burkard, Oscar Echeverri T., Enrique Ignacio Fernández M., Ciro A. Monroy R., Eduardo Figueredo Núñez, José María Flórez J., José Luis García R., José Ignacio Meriño A., Jaime Ortega L., Diego Patiño, Rolando D. Reyna P., Avelino Suárez B., A. Humberto Vásquez S.

** Licenciado en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y candidato al Doctorado.

y los hombres. Dios es visto como fuente de mal. En la frase “¿por qué a mí, si no he hecho nada malo?” se deja ver el sentido retribucionista en la relación con Dios.

Entre la desesperación o la indiferencia ante el mal, y la resignación sumisa a todo “lo que Dios quiera” hay una gama indefinida de sentimientos, más o menos definibles como “sufrimientos sin motivo”.

Muchos enigmas habrían sido descifrados por los hombres, hasta el tiempo en que se escribió el libro de Job, pero quedaban aún otros por resolver, uno de ellos fue, y sigue siendo, el porqué del sufrimiento. Tarde o temprano, el hombre tiene que enfrentarse con el mal, el sufrimiento, el fracaso, y con el deber dar sentido a la vida, debiendo integrarla con la muerte. Dentro del esquema de la retribución, en el AT, el pecado fue una respuesta. Pero cuando no había pecado, como en el caso Job, el justo debía soportar un sufrimiento del que no sabía el por qué. Esta pregunta complicó toda la existencia del hombre y la vivió Job como problema y, en parte, como solución. ¿Cuál solución?

Sufrimiento

El sufrimiento es la experiencia desagradable causada por la presencia de un mal. Siendo experiencia de vida, es transmisible sólo parcialmente y sólo a través de expresiones no verbales, mitos o extravagancias ilógicas. El sufrimiento tiene variadas causas y afecta a todas las componentes del hombre, su cuerpo y su espíritu. ¿Cómo asume Job el sufrimiento?

La aceptación del mal había sido pacífica, en el AT, para quien hubiera pecado y, más tarde, para quien voluntariamente hubiera querido descontar el castigo de un culpable (II Isaías). El sufrimiento de Job no entra en ninguna de estos casos. Job sufre sin motivo alguno (2,1-7) y percibe, en su dolor, la mano caprichosa de su Dios actuante en la creación (6,4; 10,9). En el sufrimiento percibe Job la ausencia de Dios. Pregunta a Dios ¿por qué? (10,18), haciendo manifiesto el querer alzar el velo que cubre el misterio de Dios en sus planes (11,7; 38,2ss; 42,1-6). Por eso, más que sobre el sufrimiento, el libro de Job nos propone una reflexión sobre los caminos misteriosos de Dios, dando una respuesta indirecta, pero no menos eficaz, al problema del sufrimiento del justo.

Dado el carácter experiencial del sufrimiento, la respuesta de Dios al justo probado, desde la tormenta y en términos de macro y microcreación creación, encuentra perfecta consonancia con las aspiraciones de Job de “ver a Dios”. El dolor de Job no es un razonamiento, es una intuición venida inmediatamente de la experiencia que lo remite a Dios. La respuesta de Yahvéh es también una intuición venida inmediatamente de la experiencia íntima de Dios.

Problema de siempre

La época de la redacción del libro de Job quiso finalmente ver con claridad la difícil relación

entre el Dios de la justicia y los sufrimientos del inocente. Ya había pasado demasiado tiempo para que la reflexión de Israel no fijara su atención en un problema tan viejo y nunca afrontado directamente. La muerte legendaria del justo Abel (Gen 4,1-10), la más reciente del rey Josías (2Re 23,28-30; 2Cr 35,20-27); los sufrimientos de muchos deportados a Babilonia (587 a.C.) que no tenían una culpa tan grave como para descontarla con semejante castigo. No siendo suficiente la solidaridad corporativa, necesitaban de una explicación más convincente que el simple principio de retribución.

Esperanza

En el libro de Job, vemos al protagonista en una constante lucha por encontrar una respuesta a sus planteamientos. Espera que Dios le hable con todas las fuerzas de su inocencia, pero el fundamento principal de su esperanza es la experiencia de su Dios, un Dios “justo”.

Job se debate en una época en que la fe en la retribución ultraterrena no ha puesto pie todavía en Israel. De modo que la confianza de Job de, a toda costa, ver al salvador (19,25ss) es un grito de esperanza en el Dios justo. La teofanía y la respuesta de Dios hará ver a Job que el planteamiento de justicia era oportuno y suficiente para hacer intervenir a Dios pero inadecuado frente a los planteamientos divinos del Creador. Dios invita a Job a reconocer la libertad divina y a poner en Dios su confianza. El es el único capaz de darle sentido a la vida.

Dios

El Dios del libro de Job es el Dios Creador y Salvador. Job puede confiar en él, es fiel. Es un Dios cercano al hombre pero no es manejado por éste. Aprieta pero no ahoga. Es libre con sus dones y exige la aceptación de sus planes (42,2). Sus relaciones con el hombre son de gracia, la gratuidad es su característica. Dios, para Job, al mismo tiempo es juez, acusador, verdugo, abogado defensor y salvador. Es el Dios del misterio a cuyo seno invita al hombre. No es encasillable en categorías humanas, sus designios son impenetrables (23,13-17). El sentido que el hombre tiene de justicia no es aplicable sino análogamente a Dios. En la vida del justo, Dios es el protagonista por encima de las virtudes del hombre, es el Señor de la historia cuya trayectoria se determina en el cielo (938,33).

Dios se va revelando a través de pruebas y exigencias extremas que logran hacer cambiar la visión puramente humana que el hombre puede tener de Dios. El hombre “ve a Dios” a quien conocía sólo de oídas. El dolor injustificado es un instrumento de Dios por el cual el hombre se abre al misterio, no necesariamente consecuencia del pecado.

El hombre

Job es el hombre bíblico ideal. Ama a su Dios. No duda de su bondad. Grita contra Dios

sabiendo que tendrá respuesta. Se deja probar de Dios y es capaz de saborear su propia indigencia y la necesidad de la intervención de Dios para poder salir de su dificultad. Alcanza a hacer silencio dejando espacio a que Dios intervenga. Espera sufrido (paciente) la respuesta de Dios. Escucha las argumentaciones de Dios y es susceptible al misterio. Como todo ser caminante en este mundo está tentado a abarcar lo divino con verdades humanas. Este es el sufrimiento de Job y el de todo hombre.

Temor de Dios

Job es caracterizado como un temeroso de Dios (1,1.8;2,3; 4,6) ¿De qué naturaleza era su temor antes de las pruebas? ¿Cambió después de las pruebas y de las respuestas de Dios? Ciertamente un cambio hay. El temor de Dios, como respeto filial, por el que el hombre huye del pecado, cubre la fase de la vida de Job, anterior a la prueba, y se identifica con la confianza en Dios. Confianza en sus mandatos, en sus promesas, en sus leyes y, más que nada, confianza en la persona de su Dios, con quien se atreve a discutir. Tienen que temblar solamente los pecadores, quienes no se atreverían a enfrentar a Dios (cf. 27,8). Job es el único personaje en la Biblia que se atreve a pedir a Dios entrar en juicio con él (13,23; 31,35-40); mientras el salmista humildemente pide lo contrario (Sal 143,2). Necesitaba Job pasar a una perfección mayor en la relación con su Dios: reconocer que la justicia del hombre era solamente el pago de una deuda contraída, cuyo mérito era del mismo Dios y no la base de un derecho para obligar a Dios a otorgarle sus dones. El temor de Job después de la prueba se hace confianza sumisa ante cualquier manifestación de la voluntad divina, inclusive el dolor y la muerte sin motivo (42,5-6; cf. 2,8-9).

El amor

El amor es la clave de lectura del libro. Dios ama a Job y Job ama a Dios. Dios, para Job, es fiel y viceversa. Hay reciprocidad absoluta. En el fondo ambos se confían mutuamente. En Dios la misericordia y la fidelidad son el eje de su actuar. La justicia de Dios tarda pero llega. El amor de Dios es estable como el cielo. Una pregunta obligada es: ¿Cómo explicar que Dios se manifieste haciendo sufrir al hombre?

De otro lado, viendo el desenlace del libro, podemos aplicar a Job Rom. 8,18, “Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros”. Mientras sufre, Job no puede resignarse a que Dios no lo ame. En el fondo Job exige a Dios que le manifieste su amor aun debiendo sufrir (sufrimiento sin causa). El amor, en el sufrimiento, hace parte del misterio insondable en su relación con Job.

Diálogo

No sabiendo Job la razón de su castigo, con un dolor tan grande, es presa de la desesperación (3,2-26). Acuden tres amigos y luego un cuarto, a consolarlo. Pero, entre ellos y Job hay un

intercambio de discursos, más bien monólogos de una verdadera polémica (4-37).

De lo amigos Job no espera nada. Entre Job y los amigos hay un flujo de ideas pero no hay comunicación, lo que llamamos “diálogo”. Hay discusión, diatriba y polémica. No hay confianza mutua. Aunque compartan el mismo sentido de justicia y retribución, divergen en la aceptación de la verdad sobre la persona. Los amigos no creen a Job y Job no cree en los amigos. Alguien debe estar en lo falso. Son los amigos que por defender un principio suponen verdadero lo falso: el pecado de Job. Para el lector es molesto escuchar un “diálogo” entre sordos. Sin embargo, en el conjunto, aún abordando varias cuestiones simultáneamente y pasando de una a otra cosa muy libremente, hay progresión del pensamiento.

De modo invisible, Dios es otro de los presentes en la diatriba que llevan Job y los amigos. Dios ha intervenido negativamente en la vida de Job sin que éste pueda saber ni causas ni finalidades. En su dolor y perplejidad se atreve a interpelar a Dios. Quisiera encontrarse con él y demandarle una explicación, pues desea ser rehabilitado en su honor y reputación de hombre bueno y piadoso. Finalmente Dios le va a responder a Job. Una serie de grandiosas e imponentes preguntas sobre la creación hacen ver su poder y sabiduría.

Esto lleva a Job a comprender su propia insignificancia ante un Dios tan grande, sabio y poderoso, y se arrepiente de haber hablado de lo que no comprendía. Descifrar los misterios de Dios es una empresa que está más allá de su entendimiento. Este diálogo entre Dios y el hombre aparece en su verdadera dimensión: Dios habla como Dios y el hombre como tal. Dios, más tarde (42,7-9) alabará a Job por haber hablado de ese modo. Job, por su parte, queda satisfecho de haber oído hablar a Dios en su verdadera dimensión (42,6).

La caridad entre los hombres supone la verdad. La verdad del hombre es insuficiente. El verdadero diálogo y el verdadero amor entre los hombres supone a la base el amor a Dios y una justa posición del hombre frente a él (42,7-17). Las buenas relaciones del hombre con Dios condicionan las buenas relaciones entre los hombres.

Pecado

El pecado es una realidad presente en todo el libro de Job, porque se mueve dentro de esquemas de retribución de principio a fin. Los hijos de Job pueden ser la causa de la primera prueba (1,5; 1,13.19; 8,4), por eso Job no rompe relaciones con Yahvéh. La segunda prueba no tiene sentido porque ni Job ni nadie ha pecado. Los amigos le argumentan: no hay seres puros frente a Dios (22,30). Job experimenta el sufrimiento como castigo de Dios, sin tener culpa (9,20ss). Job reconoce sus posibles pecados (9,21), pero no justifica la desproporción de su pena (30,26). Dios mismo deberá responderle (31,35).

Sin embargo, el pecado va a tomar una dimensión nueva, insospechada por el justo Job antes de las respuestas de Dios (38-41). Después de las respuestas divinas, el pecado aparece no

solamente como una transgresión a la ley moral; más grave es la autosuficiencia sospechosa que está a la base (41,8), caracterizada por el cumplimiento de la ley y de todas las ordenanzas prescritas (30-31), muy segura de sí misma (27,6; 31,6), muy difícil de percibirse como defectuosa y, sin la ayuda de Dios, imposible de aceptarse como algo de qué retractarse (cf. 42,5-6).

Job, justo de acuerdo al cumplimiento de la ley (29-31), tiene que retractarse de su arrogancia frente a la libertad de Dios (40,3-4; 42,1-6). El justo deberá finalmente entender que las relaciones del Creador con sus criaturas no son de justicia sino de gracia (40,15; Job es una de las criaturas de Dios). La sola justicia no es el único criterio divino en su relación con el ser humano (7,20-21). La justicia media en la relación del hombre con el hombre (9,32) y también aquí la sola justicia es insuficiente (6,29).

En relación a las faltas de los amigos, el sufrimiento de Job parece necesario para su intercesión por ellos y el perdón de Dios (42,7-11).

Pobreza-Riqueza

En el AT, Yahvéh no abandona a los pobres (Job 5,15; 34,8), pero habrá que distinguir entre pobreza-carencia-de-bienes y pobreza-dependencia-de-Dios. Por cierto, el AT no conoce la pobreza-carencia-de-bienes voluntaria. La riqueza y toda prosperidad, para el AT, era un modo para reconocer la fidelidad del justo. La pobreza-carencia-de-bienes, era la justa recompensa del pecador. La pobreza-carencia-de-bienes, no es por sí sola la razón por la que Dios tenga que escuchar (cf. Prov 30,7-9). Hay necesidad de una pobreza religiosa, por la que se reconozca la absoluta dependencia de Dios, para moverle a compasión (cf. Sal 69, 1-3; 13-20...). El carente de bienes ambiciona las riquezas que Dios le pudiera dar. El pobre religioso ambiciona la presencia de Dios, su amistad.

El justo Job abundó en riquezas y su poder, como su virtud, eran inigualables (1,1-3. 8-10; 2,3-4). Mientras Dios estaba con él, era padre de los huérfanos y defensor de las viudas (29,1-16; cf. Sal 68,6; Sir 4,10). Pero ahora, en su prueba, es despreciado por los mismos indigentes a los que Job antes despreciaba (30,1-9). Job ha llegado al extremo de la pobreza-privación y, a través de ella alcanzó a descubrir la pobreza fundamental para su nueva relación con Dios: su total indigencia frente a Dios, su deber depender totalmente de él. Job, con la prueba, descubre que su virtud no es suficiente para asegurar su felicidad (cf. 10,1-7) y esta nueva dimensión en su experiencia de Dios tranquiliza y satisface al Job privado de todos sus bienes, su familia y su vida misma (42,1-6). Habiendo entrado Job en la nueva dimensión de relación con su Dios, su bienestar y sus riquezas le han sido duplicadas (42,12-17).

La pobreza y la riqueza, en el libro de Job, aparecen como mediaciones para la relación con Dios. En ningún momento se hacen planteamientos de justicia social. La pobreza y la riqueza son realidades, más bien, subjetivas. Job hace de ellas una medida de su relación

con Dios. En el plano netamente jurídico, la riqueza, le parecía a Job, que debía ser su patrimonio obligado. En el plano de la gracia, ámbito del Creador, en el que entra Job finalmente, pobreza y riqueza tienen un valor puramente accidental. Lo que cuenta es la cercanía y la obra de Dios en su criatura. Job, habiendo visto a Dios, no se cuida más de protestar por su indigencia (42,2-6; cf. 2,8).

Vida - muerte

La muerte, como el dolor y el sufrimiento, escapan a cualquier intento de comprensión racional exhaustiva, y constituyen un reto frente a la condición pensante del hombre. Solo una perspectiva religiosa hace frente a esta realidad.

En perspectiva histórico-bíblica, la muerte es fruto del pecado del hombre (Gen 2,16ss; Sab 11,26; Sir 25,24). En perspectiva sapiencial, la muerte es el lugar de cita de todos los vivientes (Job 30,23; Sir 8,7).

La muerte pierde el espectro macabro del *sheol* cuando aparece la fe en la resurrección y la vida eterna (2 Mac 7,9ss; Dan 12,2). El valor expiatorio del sufrimiento del justo ayudará a entender la victoria definitiva del Cristo sobre la muerte.

Vida y muerte es un binomio complementario en el libro de Job. Se integran y se explican juntos. La vida larga, junto con la abundancia de bienes, completa el cuadro del hombre justo, bendecido por Dios (5,24-26; 11,13-19...). Job vivía seguro en su derecho a una vida larga, como consecuencia de su virtud (cf. 29,14-20), pero por la muerte que saborea (cf. 28,22; 30,23) Job sabe que la vida no le pertenece.

Sabiduría

La búsqueda de la sabiduría es común a todas las culturas del Antiguo Oriente. Es el esfuerzo por conseguir una visión del mundo y de la vida del hombre a fin de alcanzar vida feliz y provechosa. También la relación del hombre con Dios es objeto de este estudio, se trata de conocer las disposiciones divinas que gobiernan el mundo. ¿Será capaz el sabio de penetrar en la sabiduría de Dios?

En Job, la sabiduría del hombre es práctica, capaz de desentrañar montañas (28,1-11) y de aprovechar todo lo precioso para su uso (28,12-23), pero no es capaz, sin la intervención de Dios, que le hable a él personalmente (38-41), de entender el sentido de la virtud proyectada para el hombre al momento de su creación (28,28). El hombre no conoce el lugar de la sabiduría; sólo Dios la conoce (28,23). Sólo el encuentro personal con Dios es capaz de serenar al justo que sufre sin motivo (42,6). La sabiduría del hombre es insuficiente para entender los planes de Dios, queda circunscrita en el puro temor de Dios (28,28).

Justicia

En los textos más antiguos, la justicia tiene sentido claramente forense (Gen 20,4; Ex 23,6ss; Dt 25,1s; 2 Sam. 4,4). El justo es aquel que no tiene culpa. Sin embargo, el fundamento de la justicia es la religión. Justo es el que cumple la voluntad de Dios (Gen 15,6; Dt 6,25; 24,13; Sal 106,31; Is 1,27).

Con la proclamación de la responsabilidad individual (Ez.18,5-24), la justicia es el estado de santidad por el cumplimiento de la ley (Ez 16,51s; cfr. Jer 3,11) que trae consigo la prosperidad terrena.

Job y los amigos comparten el mismo concepto de justicia. La diferencia está en el punto de partida de su aplicación. Job sabe de no tener pecados por los que supuestamente está sufriendo (Job 16,12...). Los amigos suponen en Job pecados por los que esté descontando justamente. Los amigos ven que Job no puede sustraerse a la evidencia de los principios de 'la justicia'. Según ellos, Job tendrá que someterse a sus dictámenes ya que ni los ángeles son puros frente a Dios (Job15,16). Job, convencido de su justicia provoca un careo personal con Dios. Dios le deberá restituir su derecho (Job13,3...), aunque lejanamente, ve lo imposible del poder pedir cuentas a Dios (Job 9,11...).

El planteamiento de la problemática de Job hace necesario romper el marco restrictivo de la concepción tradicional de la justicia de Dios y su relativo: la justicia del hombre. Job experimenta una realidad nueva de Dios. Por el sufrimiento inocente sabe Job que su situación está totalmente en manos de Dios. El esquema de justicia humana no le da más seguridad, la situación se ha hecho incontralable. Así, el sufrimiento no es en sí el fondo de la problemática de Job, pero es indispensable para evidenciar el verdadero problema. El problema es el Dios de Job -quien no es más el Dios de la justicia- y su relación exacta con él. Se ha roto el marco estrecho de la justicia humana para abrir espacio al misterio.

Retribución

La retribución es un dato religioso básico en las religiones del Medio Oriente antiguo.

En Israel, inicialmente, tiene valor preponderante la solidaridad. La alianza de Dios con su pueblo está dentro de este ámbito.

La retribución individual es proclamada abiertamente desde Ezequiel 18. La elección que supone la alianza no deja impune al individuo pecador.

La libertad de Dios en sus actuaciones supone una trascendencia tal que, sin anular el sentido de justicia de la retribución, esté por encima de la mera justicia. Libertad de Dios, su gracia,

su amor, su fidelidad, su justicia y su misericordia son todos sinónimos que el hombre en su limitación no los puede abarcar todos juntos en cada situación. La mediación del análisis para comprender las situaciones difíciles hizo problema al justo probado sin motivo.

La vida de Job es un drama construido en torno a la tradicional doctrina de la retribución terrena y se convierte en el elemento interno que coordina todo el contenido del libro. El autor critica la certeza mecánica de este presupuesto de la tradición israelita (cf. 5,27). Hace sufrir a un inocente, quien llega a discutir con Dios, único responsable de cuanto está sucediendo (2,1-7a) y el único que puede dar respuesta a este justo (31,35).

La intervención de los amigos cae en lo ridículo, no porque defiendan una doctrina falsa, porque falsa no es; sino porque partan de una falsa suposición: algún pecado cometió Job (4,7; 8,5-6...). Si la actitud de Job es dura con sus amigos (12,2-3; 13,3-4...), no lo es menos con Dios (cf. 7,17-21; 12,13-25). Job denuncia la agresión injusta, la desgracia de los inocentes y la frecuente prosperidad de los impíos (21,6-33). Pone en cuestión las intenciones de Dios, para quien el hombre tiene que ser culpable de alguna falta aunque solo fuera involuntaria o inconsciente (13,23-14,6). Si Dios da la vida a los desgraciados para aplicarlos una inquisición sin piedad (14,3), más vale morir cuanto antes (17,13) e incluso no haber nunca nacido (3; 10,18-19).

El libro de Job se desenvuelve en una época en que no hay una fe en la retribución ultraterrena (Job 19, 25ss es el grito lleno de confianza en el Dios justo en quien espera contra toda evidencia). Esto complica el sentido de las relaciones humano-divinas y, al mismo, lo esclarece. Si ya se hubiese creído en la retribución del más allá, el justo hubiérase consolado con esa esperanza. Pero no se habría nunca establecido las verdaderas dimensiones de la libertad trascendente del Creador (comparar 1,6-12; 2,1-7 con 38,33).

Silencio

Parte importante en el desenlace del problema de Job es el silencio después de sus protestas (31,40c). Dios finalmente ha encontrado un espacio en la vida del justo, muy seguro de su justicia. Tenía necesidad Job del sufrimiento "injusto" para entender que su justicia no le era suficiente. Debió Job saborear su indignancia para entrar en verdadera dimensión de la relación con Dios.

El silencio es, a la vez, manifestación de la necesidad del hombre de la intervención divina y actitud reverente del hombre frente al misterio. En primer caso, el silencio es una manifestación de la paciencia del hombre frente a la prueba inexplicada de Dios. Paciencia en el sentido de confianza en el Dios compañero del hombre en la historia.

Creación

Para Israel existe un punto de partida en su reflexión teológica: la historia. Dios se le manifestó con hechos salvíficos cuya vivencia y actualización en la liturgia fueron los ejes de su fe. Cuando las narraciones del acto creativo de Dios ya no presentaron más peligros para su fe yawista, la misma creación pasó a ser un hecho salvífico más a servicio de esa misma fe yawista. La creación no es un hecho puntual del pasado, es un hecho continuado de salvación. El hombre, inclusive el hombre justo, sin la intervención de Dios, no es capaz de percibir en la naturaleza el amor providente del Creador. ¡Cuántas veces el hombre ve en su vida sólo adversidades y cuántas veces ve a Dios solo un enemigo de su felicidad! Como Job, el hombre, encerrado en sus límites, ignora la riqueza del amor trascendente de Dios y se le escapa el sentido de su experiencia con lo divino (9,5-14; 12,13-25...). El hombre está invitado a dominar un mundo cuyo origen está en Dios (Gen 2,4b-25), y lo conducirá a El cuando haya aprendido a respetar los términos de la relación Creador-creatura.

En el libro de Job, la creación es la que pone problemas (10,18) al justo probado y es la intervención de Dios, a través de esa misma creación (38-41) maldecida por Job, la que le pone en paz. La respuesta de Dios no sale del esquema de la creación. Job debió finalmente saber que su experiencia religiosa está mediatizada por la historia que vive en este mundo. La verdadera relación con su Dios se realiza en medio de este mundo creado por un Dios trascendente (cf. 40,15ss).

Respuesta de Dios

La teofanía (38,1; 40,6; 42,5), sin duda, constituye un eslabón de primera importancia en el contexto de la introducción del hombre en el ámbito del misterio de Dios. A Job, antes de las respuestas divinas, se le escapaba la razón última de las cosas (cf. 38,33), desconocía que los criterios definitivos de lo útil y lo prudente pertenecen a la libertad creadora de Dios. A través del sufrimiento, el justo descubre que su inocencia no está autorizada para dictar leyes de comportamiento en las relaciones de Dios con el hombre. La piedad y la buena conducta no podían ser garantía de felicidad (10,15). El pecado antes que moral es de orden religioso. Dios no puede ser pedestal de la santidad y consiguiente felicidad del hombre. Dios es la felicidad del hombre.

La respuesta de Dios es indirecta. Dios habla a un hombre que se atrevió a maldecir su existencia. Solo una apología divina de la creación (38-41) podía contrarrestar una maldición proferida tan audazmente. El atrevido litigante está invitado a mirar a Dios a través y por encima de las maravillas de la creación, a reconocer la libertad divina y a saber poner en Dios toda su confianza, ya que es el único capaz de darle sentido al misterio de la vida. En el contexto del drama, Dios no podía manifestar más abiertamente su solidaridad con quien sufre sin saber por qué, sino invitándole a participar de la alegría del conjunto de

su creación. Corresponde al hombre aceptar los planes de Dios, después de probar la amargura de la muerte a las propias concepciones en cuanto a la relación de Dios con el hombre, y dejar espacio a la respuesta del Dios vivo. A Job se le han abierto los ojos para reconocer, a través de la misma creación que maldijo, al Dios vivo y tremendo. La nueva actitud de Job es comparable al temor reverencial de los espectadores de los milagros de Jesús (cf. Mc 6,51; Lc 5,9-11; 7,16...).

Misterio

El misterio de Dios en el libro de Job, antes de las respuestas de Dios es un abismo infranqueable (26,5-14), después un horizonte de proyecciones infinitas (38,1-39,30), en el que el hombre está invitado a caminar con humildad y confianza (40,15-41,26). El misterio no es una simple especulación intelectual sino encuentro y compañía (Sal 73). Con la teofanía Job sale del ámbito humano y participa de la revelación por el misterio. Ver a Dios implica la muerte de la limitación humana y una nueva vida inserta en el misterio de Dios.

El libro de Job pone a Israel y al mundo en el sendero de una verdadera religiosidad. El misterio de Dios lejos de humillar al hombre, lo ennoblece, le abre a su verdadera dimensión de criatura relacionada con un Dios trascendente (42,2-6), siempre presente en la vida del justo.

Conclusión

Los enigmas que un hombre alcanza a descifrar a través de su propio sufrimiento es una experiencia comunicable a mitad. El libro de Job ha sido capaz de darnos a conocer, a propósito de la doctrina de la retribución, particulares de una verdadera relación con el Creador. Sin embargo, es solamente en la experiencia personal de cada ser humano donde se resuelve la otra mitad de enigmas que envuelve la vida con Dios. En este sentido el sufrimiento seguirá siendo un enigma para el ser humano, quien, tarde o temprano, tiene que enfrentarse con el mal, con el tener que dar sentido a la vida, debiendo integrarla con muerte. El esquema de la retribución ayuda a resolver el problema, pero tampoco al hombre de nuestro tiempo le es suficiente, como no lo fue para el justo de Huz. También ahora hay justos que sufren sin saber el por qué y buscan el encuentro salvador con su Dios. Por el libro de Job entendemos que la condición natural del hombre -su ser-no Dios- es la razón de una constante expectativa más o menos dolorosa en relación al misterio de Dios. El libro de Job fue y seguirá siendo siempre actual, un compañero sincero.